

La parábola de Jorge Arbusto, paz-tor

Por GERARDO SILVÁN OSA

Silencio. El silencio al amanecer hacía presagiar que ese día iba a ser muy diferente a los anteriores. Cuando Jorge, Jorge Arbusto, se dirigió como todas las mañanas hacia sus dos grandes apriscos donde todas las noches recogía las ovejas que tenía a su cargo, ya presentía que algo había ocurrido y que su descubrimiento no iba a ser muy grato. Quizás por eso se dirigió más pronto que de costumbre. Abrió el portón y la imagen que allí contempló superó con creces sus temores. Corrió inmediatamente hacia la otra nave, se paró ante el portón y durante unos instantes dudó si abrir por miedo a que se repitiese la imagen anterior. Al abrir volvió a encontrarse la misma visión: todas las ovejas habían sido brutalmente aniquiladas por algún monstruo horrendo. El suelo era un manto de lana y vísceras.

El miedo se instaló en sus entrañas, corrió hacia su casa, cerró ventanas y puertas a cal y canto y se escondió en un rincón de la bodega que se había hecho construir bajo tierra. Allí postrado, estuvo inmóvil durante unos instantes, unos minutos o unas horas. No sabría decirlo. Mientras tanto pensaba en su padre, también pastor que le había enseñado el oficio, de los años prósperos de la granja cuando se habían construido los dos apriscos de ganado más enormes que había en todo el territorio. De su padre había aprendido las técnicas de venta 'promete aunque no cumplas, hijo, que algo queda', que siempre hay que trabajar por una raza de ovejas pura -tenía el mejor rebaño de merinas del país-, y sobre todo había aprendido a realizar actos ejemplares para evitar que sus ovejas adquiriesen malas costumbres. Si alguna oveja se extraviaba, la mataba en medio del rebaño para que el resto vieses lo que les podía ocurrir. Si alguna entraba en un terreno prohibido a comer y Jorge no se apercibía de cual era, cogía la más raquítica o la de peor porte de todas y también la ejecutaba.

¿Quién podría haber realizado esa masacre en una sola noche? ¿Quién o qué? Iba a tener razón Antonio cuando decía que Ojosazules y sus hermanos se estaban dejando ver mucho últimamente por la zona. Ahora se hacía más fuerte el recuerdo de Ojosazules cuando aún cachorro se extravió junto a sus hermanos y se acercaron a su casa. Nunca había visto lobos blancos. Fueron días de carrera y revolcón, hasta el momento en que la llamada del monte les hizo desaparecer para siempre. Ya había conseguido de ellos que atendiesen alguna de sus órdenes cuando desaparecieron.

¿Cuánto tiempo llevaba postrado en aquella esquina? Solo el dolor de las piernas entumecidas le hizo retornar a la realidad. Había que actuar. Él, como líder de la comunidad de pastores, debía de movilizarlos a todos y salir a la búsqueda de los lobos asesinos. Hizo llamadas, tomó armas y trampas, fue a la armería de Manuel con el que mantenía una gran amistad debido a su gran asiduidad en comprar las últimas novedades del mercado y llenó su automóvil de armamento. Antonio, José Mari, Santiago, Silvio, Gerardo. Más de una docena se juntaron inmediatamente. Era la oportunidad que llevaban esperando desde hace tiempo para hacer justicia e instalar la paz en su sociedad ganadera.



Una pareja de fieros vikingos pasea por el pueblo

Primer rebaño. Creo que en el centro se mueve algo. Pim, pam, pum. Falsa alarma. Recojamos y quememos las ovejas muertas.

Han transcurrido ya varios meses intentando acabar con Ojosazules. Ya son muchos los lobos eliminados. También son muchas las ovejas caídas por las balas. Pero las que sobreviven vivirán en paz.

Jorge no podrá olvidar el día que desaparecieron sus cinco mil ovejas. Pero al día de hoy ya han podido exterminar un gran número de lobos de la zona. Los que son apresados vivos son encerrados y apaleados. También ha habido que sacrificar muchas ovejas víctimas de la campaña. Quizás sean ya más de seis mil.

Hay ganaderos que aún no lo entienden pero cuando comprueban la subida del precio de venta de la carne de cordero quizás sean más comprensivos. Además se ha conseguido que ya sean las ovejas merinas las más representativas de la zona. Y por si fuera poco, Manuel, el armero, que hace unos meses estaba pasando una situación económica un poco complicada ha conseguido reformar la tienda y ahora es un hombre feliz. Un amigo feliz.

Aún la búsqueda no ha acabado, pero en la zona ya acostumbrados a los tiros y a las ovejas desaparecidas, cada vez se habla menos de la cacería y ya no le interesa a casi nadie cual será el desenlace final. Que sea Jorge, Jorge Arbusto y sus colegas quienes decidan cuando deben dar por acabada la persecución. Lo cierto es que en nuestros pueblos cada vez se ven menos perros. Incluso cuesta menos apalearlos cuando se vuelven contra nosotros.

Todo había comenzado un 11 de septiembre.